

familiarizan con el vicio. Si hay alguna cosa en el mundo á que se deba tener horror, ¿por ventura es otra que á las malas compañías? Tenlas este horror toda tu vida: inspíralas á tus hijos y á tus inferiores; y huye de ellas como de los pecados mas enormes.

2 ¡Cosa estraña! si hay un hombre imperfecto, si en una comunidad hay una persona poco regular, esta es de ordinario con quien los jóvenes especialmente se introducen desde luego; sea porque estos imperfectos tienen mas maña para ganarlos, sea porque su conversacion los sujeta menos, y los divierte mas. Por lo que á tí toca, no hagas amistad ni tengas trato sino con los mas perfectos. Escoge siempre los que son mas regulares y mas santos, y no trates sino lo preciso con los otros.

DIA XII.

MARTIROLOGIO.

SAN SINESIO, mártir, en Roma; el cual ordenado de lector en tiempo del papa S. Sixto, habiendo convertido á muchos á Jesucristo, fué acusado ante el emperador Aureliano, y siendo degollado, alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES EPIMACO Y ALEJANDRO, en Alejandria; los cuales en tiempo del emperador Decio, despues de haber padecido una larga prision y diversos géneros de tormentos, vista su gran constancia en la fe, fueron sentenciados á ser quemados vivos.

LAS SANTAS MUJERES AMONARIA vírgen, MERCURIA, DIONISIA Y OTRA AMONARIA, en la misma ciudad; de las cuales la primera en la misma persecucion de Decio, despues de vencer tormentos nunca oídos, al golpe de la espada llegó al glorioso fin del martirio. El juez afrentado de verse vencido de una mujer, y temiendo que le sucediese con las otras tres lo mismo que con la primera si ejecutaba en ellas los mismos tormentos, mandó que al punto fuesen degolladas.

LOS SANTOS MÁRTIRES HERMOGENES, DONATO Y OTROS VEINTE Y DOS, en el mismo dia.

LOS SANTOS MÁRTIRES MAXENCIO, CONSTANCIO, CRESCENCIO, JUSTINO Y SUS COMPAÑEROS, en Tréveris; los cuales en la persecucion de Diocleciano padecieron por sentencia del presidente Ricciovaro.

LA APARICION DE NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE DE MÉJICO.

NINGUNA de cuantas provincias forman el mundo cristiano puede quejarse de no haber tenido siempre pronta la proteccion de Maria; antes bien por el contrario en todas estas ha manifestado



N. S. DE GUADALUPE
DE MEXICO.

esta Señora que es verdadera madre de los pecadores, anticipando las mas veces sus beneficios á las necesidades y á los deseos. España tiene entre todas tan repetidas experiencias de esta verdad, que solamente en su península puede ofrecer ejemplares auténticos y de la mayor escepcion que persuadan al mundo entero de que María no puede mirar á los cristianos sino con ojos de misericordia. Desde aquel instante en que, segun una antigua tradicion, quiso alentar las penosas fatigas del apostolado, apareciéndose visiblemente á Santiago á las orillas del Ebro, no ha cesado esta Madre amorosísima de repetir sus piedades en las mayores aflicciones. Apenas ha visto que los pueblos que habia tomado bajo de su patrocinio eran oprimidos de la hambre, de la peste ó de la guerra, cuando inmediatamente ha desplegado las alas de su proteccion, acudiendo cual solicita madre al socorro de sus amados hijuelos. No solamente con este fin, sino con el de premiar las virtudes y obsequios particulares que la han hecho algunos siervos suyos, se ha visto á esta Reina amabilísima descender de las moradas celestiales para recrear y premiar á sus devotos con sus favores. Bien auténtica y celebrada es la descension de Maria santísima en la santa catedral de Toledo para regalar á su siervo S. Ildefonso aquella sagrada vestidura fabricada en el cielo, con que decia misa el santo obispo en los dias mas solemnes y festivos. No contenta la Reina de los ángeles con proteger á los españoles dentro de su recinto, los siguió con sus favores cuando enardecidos en el zelo de la honra de Dios, y propagacion del santo Evangelio, emprendieron las penosas y difíciles empresas del descubrimiento y conquista de un nuevo mundo. Cortés, Pizarro y el portugués Basco de Gama experimentaron en las muchas batallas que dieron á los gentiles que María santísima protegia sus expediciones. El primero con un corto número de soldados conquistó todo el imperio de Méjico, en donde habia soldados aguerridos, que no carecian tampoco de política y astucia militar. Pizarro venció con ciento y cincuenta soldados un ejército de doscientos mil peruanos; y en la India Oriental hizo prodigios no menos asombrosos el valeroso Gama. Pero semejantes prodigios no se deben atribuir á fuerzas é industria humana; pues sin embargo del valor y pericia militar de tan esforzados españoles, hubieran sin duda sido oprimidos de la multitud, si no hubiera sido por la proteccion de María. Vióse á esta Señora repetidas veces caminar delante de las huestes españolas, y cegar con polvo á las de los gentiles, manifestando como un empeño de que se estableciese en aquella region la religion de su hijo Jesucristo.

En efecto, viéronse cumplidos sus deseos por medio de la famosa conquista de Cortés, que llenó al mundo de admiraciones, y que si no estuviera acreditada con monumentos tan auténticos, se creería una conquista fabulosa en las generaciones futuras. La religion del Crucificado tomó posesion de aquellos vastos dominios al mismo tiempo que el rey Católico. Al paso que se iban disipando las tinieblas del error, y destruyendo los templos de los ídolos, en los cuales se les ofrecian por víctimas innumerables niños y doncellas, que se degollaban sobre sus aras, haciendo una horrible carnicería, capaz de espantar á la misma naturaleza, se iban levantando templos al Dios verdadero, en que se tributaban justísimas adoraciones al Hacedor de todas las cosas, ofreciéndole el sacrificio pacífico y agradable de su único Hijo. Viendo la Reina de los ángeles desde el alto trono de la gloria la copiosa mies que los obreros evangélicos habian recogido en aquellas regiones, y que de los nuevos alumnos del Evangelio se formaba ya una iglesia respetable, quiso dispensarles las mismas misericordias que á los antiguos españoles, honrándolos y felicitándolos con su presencia. Apenas se contaban diez años despues de la conquista, cuando bajando visiblemente la vírgen Maria de los cielos, se apareció á un indio sencillo y temeroso de Dios, llamado Juan Diego, en un monte cercano á Méjico, ordenándole que fuese al obispo de esta ciudad, y le intimase de su parte que era su voluntad que en aquel mismo lugar se la edificase un templo en donde fuese venerada de los fieles, y en donde la Señora por su parte les dispensaria siempre sus piedades. Esta aparicion estuvo tan llena de prodigios, y de tan singulares circunstancias, que testificadas auténticamente por la tradicion constante de aquellas gentes, y por los escritos de los mismos indios, ha merecido una particular atencion á la silla apostólica. El pastor universal de la Iglesia, no contento con haber concedido al reino de Méjico que celebrase con festividad particular esta maravillosa aparicion, concedió á toda la iglesia de España que participase igualmente del mismo consuelo. Esta es la festividad que celebramos en este dia, y cuya historia auténtica, deducida brevemente de la que escribió el bachiller Luis Becerra Tanco, presbítero y cura beneficiado del arzobispado de Méjico, es como se sigue.

Por los años del Señor de 1531, á los diez años y casi cuatro meses del dominio de los españoles en las provincias mejicanas, dia sábado á 9 de diciembre salió un indio, llamado Juan Diego, del pueblo de Quatitlan para pasar al templo de Santiago á oír la misa que se cantaba á Maria santísima. Era este indio hu-

milde, sencillo, pobre y de unas costumbres inocentes. Aunque casado, era tal su devoción á la virgen Maria, que dejando el lecho nupcial antes de rayar la aurora, caminaba á pié á tener la consolacion de ver celebrar los divinos misterios que tenía arraigados en su corazon, juntamente con la fe de Jesucristo. Al tiempo de romper el alba llegaba al pié de un pequeño cerro llamado Tepeyacac, que está situado cerca de la laguna mejicana, en cuya cumbre oyó una música suavísima, como si fuera de muchedumbre de canoros pajarillos, que parecian corresponderse los unos á los otros en armoniosos y concertados coros. Sobresaltado de la novedad, levantó los ojos, y vió en lo alto del cerrillo una nube muy blanca y resplandeciente, y en el contorno de ella un arco hermoso de varios colores muy parecido al Iris, el cual se formaba de los rayos de la luz que salian del centro de la nube, en donde se percibia una claridad escesiva. Semejante vision era para causar en el sencillo corazon del indio alguna turbacion y espanto; mas no fué así, sino que por el contrario quedó como en un dulce arrobamiento, y con un gozo tan extraordinario en su corazon, que le parecia habersele juntado dentro de su alma la posesion de infinitos bienes. En medio de este enajenamiento decia el indio entre sí: *¿Qué será esto que oigo y veo, ó adonde he sido llevado, ó en qué lugar me hallo del mundo? ¿por ventura he sido trasladado al paraíso de deleites que llamaban nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores, ó tierra celestial oculta á los ojos de los hombres?* En medio de esta suspension oyó llamarse por su nombre de una voz sumamente delicada que salia de en medio de la nube. Trepo la cuesta á toda priesa, y vió en medio de la claridad á una hermosísima Señora, muy parecida á la que despues fué pintada en su filma por ministerio de ángeles. La Señora despedía de sí tales resplandores, que trasformaba todas las cosas del monte, de manera que las piedras y espinos le parecian al indio oro bruñido, topacios, esmeraldas, diamantes y cosas aun mas preciosas.

Habiéndose acercado el indio, la Madre de Dios con semblante apacible le dijo: *Hijo mio, Juan Diego, á quien amo tiernamente como á pequeñito y delicado, ¿adonde vas? — Voy, noble dueño y Señora mia,* respondió el indio venturoso, *voy á Méjico y al barrio de Tlatelulco á oír la misa que nos dicen los ministros de Dios y sustitutos suyos.* Oyendo esto la Virgen santísima, le declaró sus intenciones, y el motivo de su aparicion, diciéndole de esta manera: *Sábeta, hijo mio muy querido, que yo soy la siempre virgen Maria, madre de Dios verdadero, au-*

tor de la villa, criador de todo, y señor del cielo y de la tierra, el cual está en todas partes; y es mi deseo que se me labre un templo en este sitio, donde como madre piadosa y tuya, y de tus semejantes, mostraré mi clemencia amorosa, y la compasion que tengo de los naturales, y de aquellos que me aman y buscan, y de todos los que solicitaren mi amparo y me llamaren en sus trabajos y aflicciones. Aquí oiré sus lágrimas y ruegos para darles consuelo y alivio; y para que tenga efecto mi voluntad has de ir á la ciudad de Méjico, y presentándote al obispo que allí reside, le dirás que yo te envío, y como gusto de que se me edifique un templo en este lugar. Referirásle cuanto has visto y oído, y ten por cierto que te agradeceré lo que por mí hicieres, ensalzándote y haciéndote famoso. Ya has oído, hijo mio, mi deseo, vete en paz, y pon todo el esfuerzo que pudieres. Postróse el indio, lleno de respeto y profunda reverencia; y habiendo ofrecido con las mas afectuosas palabras que le dictó su simplicidad hacer exactamente cuanto la Señora le mandaba, se despidió de ella, y tomó el camino de Méjico. Fuése derecho al palacio del obispo, que era á la sazón D. Fr. Juan de Zumarraga. Los familiares del ilustrísimo prelado hicieron poco caso de él, viéndole tan pobre y de modales tan inocentes; pero vencidos de su constancia en esperar entrada, se la concedieron finalmente. Luego que llegó á presencia del obispo, se puso de rodillas, y le dió su embajada, diciéndole como le enviaba la Madre de Dios, á quien habia visto y hablado aquella mañana, añadiendo á estas palabras todo cuanto habia pasado, y la Señora le habia dicho. El prudente prelado se portó en una materia tan delicada y espuesta á supersticiones, con toda la prudencia que se podia esperar de su virtud y sabiduria. Sin despreciarle ni exasperarle del todo despidió á Juan Diego, encargándole que volviese mas adelante, y que entre tanto él consideraria mejor aquel negocio. Salió el pobre indio de la presencia del obispo sumamente desconsolado, no tanto por el poco aprecio que habia visto hacian de su persona, como por ver sin efecto alguno la pretension y deseos de la Señora. Con este desconsuelo la dió parte en el mismo lugar en que la habia visto por la mañana de cuanto le habia pasado con el obispo, y del desprecio con que le habian mirado. Pero sus palabras traducidas fielmente por el beneficiado Tanco del idioma mejicano primitivo, segun los naturales lo conservaban en sus historias, dicen mejor que cuanto se puede encarecer los sentimientos del indio, su simplicidad y reverencia, y conservan al mismo tiempo la gracia y ternura de una lengua muy semejante á las asiáticas. Juan

Diego, pues, habiendo vuelto por la tarde al mismo sitio en que vió y habló á la virgen Maria por la mañana, encontró á la Señora que esperaba la respuesta, y postrándose á sus pies con un profundo respeto, la dijo así: *Niña mia muy querida, mi reina y altísima Señora, hice lo que me mandaste; y aunque no tuve luego entrada á ver y hablar al obispo hasta despues de mucho tiempo, habiéndole visto, le di tu embajada en la forma que me ordenaste: oyóme apacible, y con atencion: mas á lo que yo ví en él, y segun las preguntas que me hizo, colegi que no me habia dado crédito, porque me dijo que volviese otra vez para inquirir de mí mas despacio el negocio á que iba, y escudriñar lo muy de raíz. Presumió que el templo que me pides se te labre es ficcion mia ó antojo mio, y no voluntad tuya: y así te ruego que envíes para esto alguna persona noble y principal, digna de respeto á quien deba darse crédito; porque ya ves, dueño mio, que soy un pobre villano, hombre humilde y plebeyo, y que no es para mí este negocio á que me envías: perdona, Reina mia, mi atrevimiento, si en algo he escudido al decoro que se debe á tu grandeza, no sea que yo haya catdo en tu indignacion, ó te haya sido desagradable con mi respuesta.*

Oyó la Señora con suma benignidad la respuesta del indio; y despues de haberle asegurado como tenía millares de ángeles que ejecutasen sus órdenes si queria servirse de ellos, le mandó que volviese segunda vez, y que diese al obispo el mismo mensaje. No obstante que Juan Diego hizo sus humildes representaciones á Maria santísima temeroso de que le sucediese lo que la primera vez, con todo eso prometió obedecer á la Señora, y traerla la respuesta segun se la diese el obispo. Volvió al palacio de éste domingo dia 10 de diciembre, y aunque en los familiares encontró la misma acogida que la vez primera, el venerable prelado le trató de muy diferente modo, pues le recibió con una especie de veneracion llena de agasajo y de cariño. El indio, puesto de rodillas delante del obispo, le dijo anegado en lágrimas como habia visto segunda vez á la Madre de Dios en el mismo lugar que la primera: que le habia repetido el mismo encargo sobre la edificacion del templo, y principalmente le habia encomendado mucho que le certificase de como era la madre de Jesucristo, y la siempre virgen Maria aquella que le enviaba. El obispo le hizo muchas preguntas sobre todas las partes que contenia su propuesta, á todas las cuales satisfizo el indio con una sencillez que acreditaba ser verdad todo lo que decia. La última resolucion del prelado fué que le dijese á la Señora le diese algunas